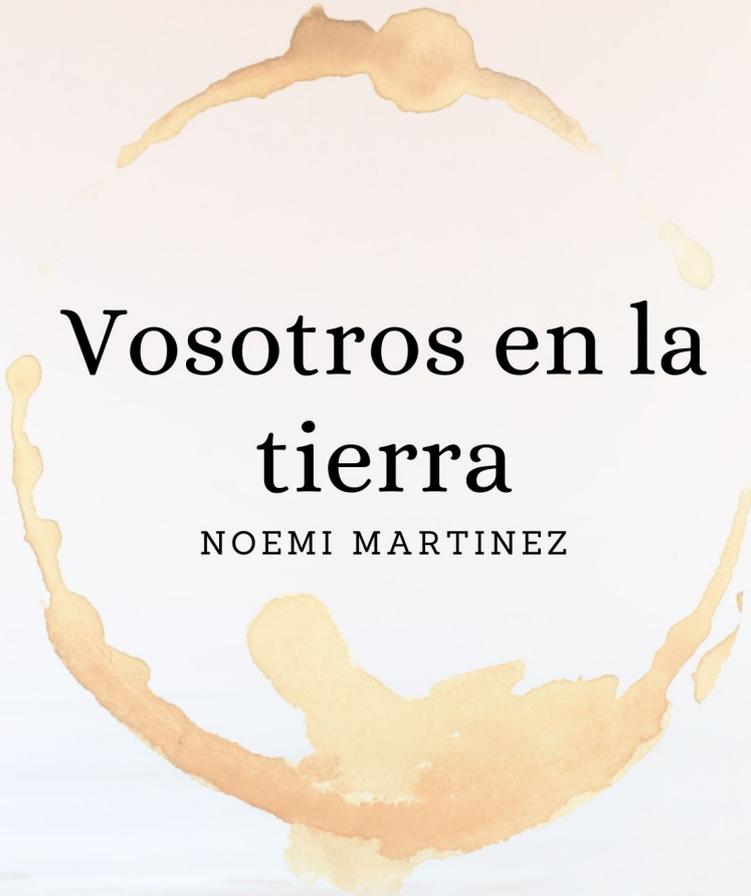


Vosotros en la tierra

Noemí Martínez

A large, hand-painted watercolor circle in shades of yellow and orange, centered on the page. The circle is slightly irregular and has a soft, textured appearance. The background of the entire page is a soft, warm gradient of light orange and yellow, with a blurred, ethereal landscape of rolling hills or clouds at the bottom.

**Vosotros en la
tierra**

NOEMI MARTINEZ

Capítulo 1

Parte 1

No sé si habréis oído hablar del Valhalla. Significa salón de los caídos. Es el lugar donde iban los muertos que se habían portado bien en su vida, algo así como nuestro cielo, pero sin nubes ni dioses. El Valhalla existía en la mitología vikinga y la mayoría de las personas que 'se habían portado bien' y que accedían a este sitio, eran los guerreros que fallecían en el campo de batalla. Era como un premio por haber dado su vida en la lucha, por los demás, por ellos. Manuela me lo enseñó en la clase de historia hace tiempo, pero siempre que viene le pido que en los últimos cinco minutos de clase me lo vuelva a explicar. En su voz suena mejor que en la mía, y ella lo explica muy bien. Una vez trajo un juego de cartas de personajes mitológicos nórdicos, me dijo que se lo habían dado de regalo con el periódico, pero yo sabía que en realidad lo había comprado para mí, porque la clase anterior no fue muy bien y yo estaba triste. Le di las gracias, pero ella ya lo sabía, y realmente se lo agradecí con la mirada.

Igualmente, mi diosa favorita es Freya, tengo su carta enganchada sobre el cabecero de mi cama. Sale bajo un vestido blanco, con las espaldas cubiertas de armadura y dos muñequeras de acero, su cara es desafiante y bajo su largo cabello rubio platino sujeta una especie de arma y va acompañada de un jabalí. A Manuela le gusta, pero que todas las mujeres protagonistas de historias deban de estar acompañadas de un animal me parece ridículo. Cuando sea mayor y sea escritora, gane dinero o no, sé que mis mujeres no las acompañará ni un jabalí, ni un ratón, ni tres dragones que escupan fuego, irá sola y arrasará con todo.

Mi madre dice que me parezco, que si yo fuese una diosa probablemente sería la diosa de la justicia, del amor, de la guerra, como Freya. Cuando vemos las noticias siempre debatimos, bueno, en realidad soy yo la que debato, mi madre ya se rinde al intentar convencerme de algo. Soy una cabezota, es imposible discutir conmigo.

Corrijo, es posible discutir conmigo, lo imposible es conseguir que me crea tu discurso, siempre conseguiré que tu te creas primero el mío. Freya tiene al jabalí y yo tengo las palabras.

-Deberías escribir un libro sobre todas esas cosas que dices -me dijo mi madre una vez. -Algún día ganarás el premio novel de algo, pero des de luego no será el de la paz.

Mi hermano se rió y yo le di un codazo.

-Nunca prestas atención a nada de lo que te dice mamá, pero te encanta escucharla cuando me hace bromas...

-Ah, ¿que eso era una broma?

-Eres un imbécil -le dije mirándole por encima del hombro.

-María...

-Nunca vas a llegar a ser nada en la vida porque los niños de hoy en día estáis todos pegados a las pantallas, vuestros ojos se calibrarán, perderéis visión, se os llenará la retina de... de los rayos que emiten esos juegos epilépticos a los que jugáis.-entonces cogí aire- La evolución está perdida con vuestra generación que no hacéis caso de nada, con tres años ya os dejan un teléfono móvil. Los médicos se van a hacer de oro con vosotros. Estáis todos infestados de pantallas.

Mi madre resopló y se marchó a la cocina, como si ya nada de lo que dijera le sorprendiese, y Adrián se quedó ahí pasmado, sujetando su tableta encendida, con los cascos puestos. Pensé que iba a ponerse a llorar, pero solo lo pensé durante un segundo porque sus ojos no parpadeaban, pero no, porque era Adrián, y Adrián nunca llora.

-Madura -me dijo y luego se volvió al sofá y se tumbó, retomando su juego epiléptico.

Capítulo 2

Parte 2

El alma y Platón

Platón decía que nuestra alma existía en un mundo que estaba por encima del nuestro, el mundo inteligible y que cuando ésta se rebelaba hacía perder a su conductor del caballo alado para caer en nuestro mundo. Nuestra alma ya había conocido todo antes, ya sabía lo que era un árbol, lo que era una flor, un lago, ya conocía lo que era el mar, pero en su caída había olvidado completamente todo y a medida que va conociendo, va recordando.

Quizás por eso tenemos déjà vu, porque Platón tenía razón en su teoría, y nuestra alma esta recordando su vida del mundo inteligible. A veces creo que mi alma lo recuerda todo porque vivo en una constante sucesión de déjà vu, mi vida es siempre igual. Es todo el rato lo mismo. Hoy es viernes y estamos volviendo del médico. Mi doctora se llama Olivia, pero su nombre no es tan bonito como su cara, en realidad es feísima, es alta y muy delgada, siempre va encorvada, tiene los ojos caídos y sus ojeras recorren todos sus mofletes, pero es simpática y siempre me ha tratado muy bien. Su nombre no tiene que ver con su belleza, pero su belleza no tiene que ver con su personalidad. A veces los niños deberíamos aprender un poco más sobre la vida. Deberíamos dejar a nuestra alma conocer más.

Me ha tomado la tensión y también ha comprobado con esa maquina extraña de latidos mi corazón.

-A veces va muy rápido, pero es normal por la medicación -me dijo una vez.

-Bombea demasiado lento, deberemos subirte las dosis de la medicación -me ha dicho hoy.

Mi madre me pone la mano en el hombro cuando pasan cosas de estas, y me mira con cara de pena. Quizás cree que estoy triste, pero lo que ella no sabe es que siempre me espero lo peor, para que así duela un poco menos. Por lo que no me hace falta que me ponga la mano en el hombro o que me mire con cara de pena.

También me ha pesado, peso un poco menos que la vez anterior, cuarenta y dos quilos, pero me dijo que no me preocupara, que con la subida de la dosis empezaría a tener más hambre debido al mayor bombeo de sangre. En realidad me pesa cada dos meses, para evaluar la situación, pero visito el hospital cada semana, cada viernes. Y me sé las calles que estoy viendo

desde la ventanilla del coche como la palma de mi mano; floristería, bar, parque, casas, casas, hotel, bar, casas, descampado, carretera y casas. Y podría decir exactamente a qué distancia empiezan y acaban cada uno con los ojos cerrados.

Los sábados no hago nada. Me levanto muy temprano y me pongo a leer algo interesante, ni siquiera veo la tele, solo cuando dan algún programa de debate o las noticias, y tampoco uso mucho el teléfono móvil, no es que sea la chica más popular del barrio, no tengo muchos amigos.

-Olivia dijo que podías pasear durante una hora cada día. No te cansarás. Si quieres podemos ir juntas a la pastelería de los padres de Carlitos, os lleváis muy bien -me decía mi madre.

Pero mi respuesta siempre era no. No había una razón en concreto, simplemente no quería, no me apetecía, no tenía ganas. Prefiero quedarme en casa a leer un buen libro o a imaginar historias que escribir. Además, Carlitos Pérez ni siquiera me cae bien. Cuando iba al instituto y me sentaba a su lado solo hablaba de videojuegos y de las chicas guapas de tercero.

-Tienes doce años tío, ni siquiera sabes lo que es realmente una chica -le dije una vez.

-Me da igual lo que digas.

-Vale.

Y así eran nuestras conversaciones; dos frases que la iniciaban y tres monosílabos que la terminaban. Ese año me invitó a su cumpleaños, que, por supuesto era en la pastelería de sus padres y fui, todavía no he encontrado la respuesta al por qué exactamente, simplemente fui. Supongo que, para contentar a mi madre, y claro, ella ya se pensó que éramos amigos o que nos llevábamos bien, cuando en realidad, pienso que es un tonto que no tiene cerebro. En realidad, pocos compañeros me caían bien, si se les puede llamar así. La gente de los institutos peca mucho de compañerismo. Durante principios de este año hice una amiga, Mónica. Me caía bien, era simpática y lo más importante, tenía cerebro. Cuando me fui del instituto para tomar clases en casa me venía a visitar cada jueves, pero algo raro pasó con sus padres y se fue a vivir a otro barrio. Y como no utilizo el móvil, apenas hablamos.

El resto del sábado me quedo tendida en el sofá mirando al techo y pensando en nada. Luego me suelo pelear con mi hermano por alguna tontería y por la noche veo la tele con mi madre, pocas veces dan algo bueno, pero al menos me entretengo.

Capítulo 3

Parte 3

Los domingos son horribles. El peor día de la semana. No porque a la mañana siguiente haya clases o trabajo, como la mayoría de gente que odia los domingos, sino porque a las cinco de la mañana suena el estridente reloj y me avisa del medicamento. Realmente lo único que me ha afectado de la visita de hoy al médico ha sido que Olivia me dijera que me aumentaría las dosis, porque es horrible. Las extremidades me flaquean y me cuesta un poco respirar durante las primeras horas. A veces vomito porque produce náuseas y me mareo fácilmente cuando me levanto de los sitios, por lo que permanezco casi todo el día estirada en la cama o en el sofá y entonces hago lo mismo que el sábado, ver las noticias o los debates, leer, discutir con Adri y mirar al techo, solo que esta vez, con menos fuerza y con ganas de dormir para que todo el dolor desaparezca.

Paso el fin de semana así, exactamente como os he relatado. Tengo razón cuando digo que mi vida es un déjà vu constante. Mi alma se sabe mi vida de memoria.

Es lunes y me sigo encontrando muy mal. No consigo ni siquiera levantarme de la cama sin ver miles de puntos blancos por todos los lados. No me asusto, ya me ha pasado otras veces. Descanso un rato y poco a poco recupero visibilidad. Adri entra vestido con el uniforme del colegio y se asusta al verme.

-¿Estás bien?

-Pues no ves que no. ¿Qué preguntas son esas? -digo levantándome, apoyándome en la mesita de noche- ¿Qué quieres?

-Mamá dice que si quieres ayuda para bajar -y su tono suena tan vulnerable que hasta me da pena haberle hablado tan tajante.

Le sonrío.

-Eres un tonto, pero acepto tu ayuda.

Entonces me da la mano y me guía por la habitación hasta la puerta y me ayuda a bajar las escaleras. Es más alto que yo, aunque le saco dos años, y su cabello es muy rubio, y largo, y tiene ondas por todos lados. A veces echo de menos tener el pelo largo. Antes de empezar a hacer quimioterapia me lo rapé, porque me dijeron que se me iba a caer y que

había gente que prefería rapárselo a que se le fuese cayendo poco a poco y le quedaran clapas, era como más traumático. No me lo dijeron de esa manera, fueron más cuidadosos, claro, a una niña de doce años que tiene una enfermedad cardíaca crónica y necesita hacer quimioterapia, ¿cómo le vas a decir que se le va a caer el pelo y se le van a quedar agujeros calvos en la cabeza?. Me lo rapé, porque había captado el mensaje a la primera, no hacía falta adornarlo, el orden de los factores no altera el producto. El mensaje era el mismo. Y me encanta llevar el pelo corto, porque aunque eche de menos mi larga cabellera rubia y aunque ahora me parezca menos a Freya, sé lo que soy, y no me importan las carencias físicas. Muchos me entenderán. No me importan mis largas piernas por las que vivía acomplejada, ni mis pocos pechos ni los granitos que me salen por la barbilla y la frente, ni siquiera me importa no tener el pelo largo. Solo curarme. Solo quiero curarme y me da igual cómo sea ni lo que tenga que perder.

Capítulo 4

Parte 4

Ellos

Durante la primera clase del día Manuela me nota fatigada y me pregunta varias veces si quiero que lo dejemos por hoy o que al menos cambiemos de asignatura, pero niego. Dos horas más tarde voy corriendo al vater a vomitar. Cuando llega mi madre de trabajar habla con Manuela y no oigo lo que dicen, aun sigo en el lavabo pero veo sus caras por el espacio abierto de la puerta y no parecen muy felices precisamente. Luego mi madre me pregunta cómo estoy y le digo la verdad. Me toma la tensión y la temperatura; fatal. Y me dice que quizá sea por la medicación de ayer, así que le pide a Manuela que se marche y que las clases de la tarde quedan suspendidas. A cualquier alumno de instituto le encantaría oír que las clases quedan suspendidas, a mí no. Luego me dice que me acueste y que no me preocupe, que mañana estaré mejor, pero mientras subo las escaleras observo como llama a Olivia por teléfono y empieza a dar vueltas por la cocina para calmar su nerviosísimo.

Cuando me despierto estoy en el hospital, entubada y con la cortinilla de mi derecha echada. Lo primero que pienso es, menos mal que estoy en una habitación y no en la UCI. En realidad es una pena que eso sea un alivio.

Estoy mareada y tardo un rato en reconstruir a mi madre en una sola nube de movimiento. Sonríe al verme y no me doy cuenta hasta unos segundos más tarde que tiene mi mano cogida, supongo des de antes que me despertara. Me pregunta que cómo me encuentro y le digo que bien, pero en realidad me encuentro mal. Y miro a Adrián que está sentado a mi otro lado que me mira con cara de asustado y que se mantiene quieto y estático mirándome.

-Van a tenerme que traer aquí más veces para que me prestes más atención que al móvil -le digo bromeando.

Pero no se ríe. Creo que presta más atención a su hermana que a su móvil porque mi cara debe de estar de pena. Ya me lo noto. Los párpados se me caen y me cuesta mover los labios para hablar, casi no tengo fuerzas ni para mover los dedos de los pies.

Luego viene Olivia y me toma la tensión y todo eso, me pregunta cómo estoy y a ella le digo que me encuentro mal, entonces mi madre me mira pero no se sorprende de que le haya mentado. Con la mala cara que doy,

las palabras no son nada. Ya he perdido mi arma de guerrera.

Un día salí con Adrián y con mi madre a patinar a una pista de hielo que abrían en un centro comercial en Navidad. El día anterior Olivia me dijo en la consulta del hospital que mis resultados estaban genial y que estaba mejorando rápidamente.

-No quiero darte alegrías repentinas, pero todo parece correcto. Aunque recuerda que esto es como una montaña rusa. Un día estás arriba y al día siguiente todo da vueltas sin sentido. Rápidamente o lentamente.

Y ese día en la pista de patinaje me lo pase de miedo.

Ahora se me repiten las palabras de Olivia en la mente, mientras observo como me prepara el oxígeno. Un día estás arriba y al día siguiente todo da vueltas sin sentido. Rápida o lentamente.

Esto está siendo lentamente, pero no sé si estoy subiendo o estoy bajando.

Más tarde, me encuentro sedada y relajada en la cama. Mi madre duerme en el sillón y Adri mira la tele de la habitación desde otro. Miro a mi izquierda y la cortinilla sigue echada. Me pregunto quién estará detrás porque todavía no me he levantado desde que estoy aquí, y como no tengo fuerzas para moverla decido recurrir a la voz.

-Hola.

Nadie me responde así que pruebo más fuerte.

-Hola, ¿quién eres persona detrás de la cortinilla?

Nadie me responde así que intento dormir, aunque llevo toda la tarde durmiendo.

-Hola -oigo. Es una voz dulce y fina.

-¿Quién eres? -pregunto.

-¿Y tú?

Podríamos estar así todo el rato, haciendo preguntas, pero me doy cuenta ahora que no estoy para perder el tiempo, ni para perder las mañanas de los sábados viendo la tele o leyendo, o perder los domingos durmiendo y mirando al techo, aunque no tenga fuerzas. Si lo hubiera sabido, me habría recorrido todas las pistas de patinaje de la ciudad.

-Me llamo María Romero y me han hospitalizado de urgencia esta madrugada porque me ha dado un ataque cardíaco. Mi enfermedad tiene un nombre muy raro así que mejor no te la digo, no vaya a ser que me deje una letra o algo. ¿Tú como te llamas?

-Yo me llamo Teo. Llevo aquí dos semanas pero mi enfermera dice que estaré fuera el sábado y no te digo lo que me pasa porque también tiene un nombre raro. Cuando venga mi madre se lo pregunto, ella lo sabe.

-¿Dónde está tu madre?

-No puede venir hasta la noche porque trabaja mucho, pero está mi hermano, aquí a mi lado.

-A lo mejor tenemos la misma enfermedad -digo.

-A lo mejor -. Entonces se crea un silencio pero luego sigue- ¿Cuántos años tienes?

-Doce -digo-. Pero voy a cumplir trece dentro de poco. ¿Y tú?

-Trece.

Me duele un poco el pecho así que dejo que el silencio se ocupe de llenar el vacío de las palabras durante un rato.

-¿Y a qué instituto vas? -pregunta.

-A ninguno. Viene una profe a mi casa y me da lenguas, matemáticas, historia y biología.

-Qué guay. No tienes que madrugar. Mi instituto es un rollo. No tengo muchos amigos.

-Yo tampoco tenía amigos cuando iba. Son todos unos sin cerebro.

Escucho su risa y también la de su hermano. Parece mayor, por el tono de su voz, unos dieciocho o así.

-¿Cómo se llama tu hermano? -pregunto.

-Dani.

-Hola Dani -digo.

Durante unos segundos nadie contesta, pero escucho sonidos al otro lado

de la cortinilla, cómo risas o algo parecido.

-Encantado, María -dice una voz que no es dulce ni fina.

Y sonrío, aunque ellos no me vean.

Capítulo 5

Parte 5

El fin del dolor

Durante los siguientes días no mejoro, me siento cada vez más fatigada, pero hablo con Teo y jugamos al veo veo y al qué preferirías, por lo que me distraigo del dolor, un poco. Nos echamos unas risas y descubro que tiene cerebro, por lo que me cae bien, y al final de la semana ya lo considero un amigo.

El sábado Teo me dice que se va por la tarde y que se quiere despedir de mí corriendo la cortinilla y dándome un abrazo. Le digo que mejor que no, que debemos conservar la esencia de nuestra amistad. Decidimos no vernos, pero si que nos damos los teléfonos para poder hablar y seguir jugando al qué preferirías cuando salga de aquí.

Después de que Teo y su hermano Dani se marchen, vomito, por lo que me tienen que cambiar las sábanas y la bata. Mi madre y Adri no se mueven de mi lado ni un segundo, hasta él se ha hecho amigo de Teo, dice que le dejará videojuegos y esas cosas que les gusta a los adolescentes normales. A mí no.

Y cada día que pasa me arrepiento más de no haber salido a dar paseos con mi madre, de no haber ido a la pastelería de los padres de Carlitos Pérez o de haber discutido con Adrián en lugar de enseñarle que la magia también se encuentra en los libros o en los juegos de mesa. Me arrepiento de no haberme dado la oportunidad de conocer a otras personas, a otros niños, sin intentar descubrir que quizá si que tenían cerebro, quizá si merecían la pena.

Me arrepiento de haber estado mirando al techo sin más, en lugar de observar por las ventanas todo lo que había allí afuera.

El lunes ni siquiera puedo respirar bien. El dolor en el pecho retumba por el resto de mi cuerpo. Miro a mi madre y le doy las gracias por haber dejado su trabajo por estar conmigo y le pido que no llore, porque está llorando. Y luego Adri se coge del brazo y llora también, escondiéndose.

-No llores, Adri, me vas a romper el corazón.

Hay tantas cosas injustas en esta vida, que me da miedo quejarme.

Mi madre es preciosa y mi hermano también, y le doy las gracias al mundo por haberme destinado a ellos.

Y abro los ojos, y entonces no sé si estoy en el cielo, si estoy en el Valhalla o mi alma ha vuelto a su mundo, pero a mi ya no me duele nada, ni siquiera el corazón.

Sólo quiero curarme y me da igual cómo sea ni lo que tenga que perder. Te he perdido a ti mamá, y a ti Adri, pero aquí ya estoy curada, he cumplido la mitad de mis palabras. Y seguro que nos volvemos a ver. Seguro.

Noemí Martínez Retamero, 21 de Junio de 2018